

CAPITULO 23

Era el incendio más grande que jamás había visto. Era de tal magnitud que hasta bomberos solo podía estar igual de expectantes que yo. Junto a los que lograron salir, junto a los que volvían de afuera, junto a los simples curiosos que se acercaban atraídos por el desastre como polillas a la luz, todos expectantes desde el otro lado del puente. Era un enorme muro de fuego y humo que se levantaba desde los cimientos de aquellas casas transformando la clara luz del sol de media tarde en un color carmesí oscuro y amenazador. Y ahí estaba yo, atónito, desorientado, impresionado con todo lo que estaba ocurriendo. Pero más que todo estaba satisfecho con mi cometido. Lo había logrado. Aquel era el día de mi liberación.

El pueblo de ██████████, mi propio infierno, ahora en llamas. Fueron años de sufrir la decadencia de mi vida hasta este momento en que decidí tomar acción, primero lanzando piedras a aquel ruidoso transformador del poste eléctrico que ya ni podía sostenerse por sí mismo, una conveniente pieza del dominó que me permitió seguir purgando el resto de casas que amenazaban con destruirme. ██████████... siendo un infierno aun así fuiste capaz de arder.

– ¡Andrés! – Anna me sorprendió apareciendo detrás de mí jalándome del brazo. Su rostro aterrorizado reflejaba su estado de shock, era claro que no sabía ni que decir ni que hacer – El pueblo, hay que hacer algo...

Y fue ahí cuando me di cuenta de su actuar ilógico, me quería llevar hacia el incendio sin entender bien que es lo que iba o quería hacer.

Jalé del brazo logrando que me soltara. Anna se dio vuelta y fue en ese momento en que intercambiamos miradas por seis segundos. Seis segundos bastaron para arrepentirnos de transparentar nuestros sentimientos sin decir una sola palabra. La expresión de Anna cambió de total incertidumbre a miedo mientras yo seguramente mantenía una mirada apática dándole a entender que esta vez no estaría junto a ella, incluso, que me oponía a su juicio.

Retrocedimos y tomamos caminos opuestos. Esa sería la última vez que vería a Anna Fitzgerald en persona en mucho tiempo, pero no sería la última vez que el pensamiento de ella invadiría mi mente. Incluso e ese momento sus palabras resonaron detrás del fuego. “Nada de esto podría cambiar” se había vuelto una mentira, “tú y yo lo lograremos” se convirtió en una promesa rota. Perdóname Anna, pero tú no estabas ahí cuando las cosas caían a pedazos.

[]